

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

John Fante

# El vino de la juventud

Traducción de Antonio-Prometeo Moya



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Titulo de la edición original:*  
The Wine of Youth  
Black Sparrow Press  
Santa Rosa, 1985

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* foto © Corbis / Cordon Press

*Primera edición:* julio 2013

© De la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2013

© Joyce Fante, 1985  
Published by arrangement with Ecco, an imprint  
of HarperCollins Publishers

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7867-7  
Depósito Legal: B. 7773-2013

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Carey McWilliams y Ross Wills,  
buenos amigos, malas compañías*

## HOGAR, DULCE HOGAR

### I

Estoy cantando porque pronto llegaré a casa. Habrá una gran bienvenida en mi honor. Habrá espaguetis, vino y salami. Mi madre preparará una mesa gigantesca, llena de todos los manjares de mi niñez. Todo será por mí. El amor de mi madre llenará la mesa, y mis hermanos y mi hermana estarán contentos de verme entre ellos de nuevo, porque para ellos soy el hermano mayor que nunca se equivoca, y les dará algo de envidia la bienvenida que se me dedica, y cómo se reirán con lo que yo diga, y cómo sonreirán cuando me vean llevarme a la boca el tenedor cargado de escurridizos espaguetis, y pedir más queso a gritos, y gruñir de placer. Porque son mi familia, y yo habré vuelto a ellos y al amor de mi madre.

Le pasaré el vaso a mi padre y diré:

—Más vino de éste, papá. —Y él sonreirá y escanciará en mi vaso el líquido granate de dulce sabor, y añadiré—: ¡Venga! —Y lo beberé lenta y profundamente, sintiendo que me calienta el estómago, me alegra el corazón, me canta una canción al oído.

Y mi madre dirá:

—No tan aprisa, hijo mío. —Y yo miraré a mi madre y veré los mismos ojos a los que he hecho llorar tantísimas veces, y sentiré en los huesos esa fuerte sensación de remordimiento, pero sólo durará un segundo, y le diré a mi madre:

—Ah, mamá, no te preocupes por este chico, estará bien. —Y mi madre sonreirá con esa felicidad que sólo ella conoce, y mi padre también sonreirá ligeramente, porque estará mirando a alguien de su misma sangre, y yo sentiré un nudo en la garganta y en el pecho, y evitaré los ojos de mi padre, porque no serán capaces de ocultar su felicidad.

Esto hará que me sienta tierno y alegre, pero mi cara no lo dará a entender, aunque mis ojos, mirando los espaguetis amarillos, no serán capaces de ocultarlo, y mi padre advertirá su brillo, pero mirará a otro lado enseguida, porque le hará sentirse como un muchacho tímido, y apuesto a que recordará algo y pensará en los años de mi infancia, y verá cada minuto y cada segundo de mis veintiún años en una fugaz mirada a mis ojos, y yo tendré exactamente los mismos pensamientos, porque somos de la misma sangre, y la materia de mi cerebro y de mi espina dorsal es la materia de los suyos, así que pensaremos las mismas cosas a la vez, y cada uno sabrá que el otro está pensando lo mismo.

Pensaremos en cierto día, en Colorado, y en otra bienvenida, cuando mi padre y yo nos emborrachamos a conciencia, a pesar de lo cual estábamos brutalmente sobrios, y yo empecé a maldecirlo por descuidar a mi madre, y él me maldecía por lo que la había hecho sufrir yo, y nos fuimos enfadando cada vez más, y mi madre trató de poner paz, y en aquel momento mi padre perdió la chaveta y se obsesionó por hacerme sufrir por las cosas que había dicho, y en el mismo segundo todo se puso rojo ante mis ojos y nos lanzamos el uno contra el otro, y éramos como dos animales, y tiré a mi padre al suelo, y él cayó con un golpe sordo y allí en el suelo se echó a llorar como un niño.

Entonces yo tenía dieciocho años. Miré el puño que había derribado a mi padre y luego miré al techo, con el corazón acelerado, y levanté el puño y vi un cardenal en los nudillos, y grité: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué he hecho? ¡Oh, Jesucristo, córtame el brazo! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Oh, Jesucristo, córtame el brazo!»

Y mi padre estaba allí tirado en el suelo, y lloraba, y no era

el llanto de un borracho sentimental, era el llanto de un hombre que había visto a su pequeño dios de cera derritiéndose bajo el calor del sol. Y mi madre estaba allí de pie, apretándose las sienes con las manos, y el pelo que mi padre había hecho encanecer, y las arrugas y los ojos tristes que eran regalo mío, y mi madre no sabía qué hacer, porque eran su hijo y su hombre los que peleaban por viejas cicatrices.

Las cicatrices no se podían curar, pero sí se podían suavizar, y ahora la carne de su carne y el hombre de su vida estaban enganchados como el perro y el gato, frenéticos, y en la cólera de cada uno no había defensa de su gloriosa vida de esposa y de madre, sino sólo los gemidos y gruñidos animales de dos que se gritaban y golpeaban.

—¡La culpa la tienes tú!

—¡No, la tienes tú!

Mi madre me veía allí, dieciocho años fuera de su vientre, y mi padre estaba en el suelo, y yo era su pequeño dios de cera, un dios que se había derretido bajo el calor del sol.

Y ése es el motivo por el que no miraré a mi padre directamente a los ojos después de beberme el electrizante vino, y en eso es en lo que los dos pensaremos, y no lo habremos olvidado, pero nuestros espíritus estarán en paz, y en un momento de amargo silencio esa escena de hace tres años se cruzará ante nosotros, y yo fingiré con suficiencia que fue una tontería, y mi padre remachará de buena gana la poca importancia de aquello, y en los corazones de mis hermanos y de mi hermana surgirá un júbilo que no durará mucho, y en la mente de mi madre... ¡Oh, Dios, perdónanos a mi padre y a mí!

## II

Pero el vino de uvas recientes, granate y agridulce, traerá gozo a esa hora de bienvenida, y todos lo beberemos. Incluso a

mi hermano pequeño, al que no le gusta, se le permitirá beber quizá hasta dos vasos. Él me mirará fijamente. Cogerá su vaso como yo cojo el mío, y exclamará: «Aaaah» cuando sienta la última gota en su boca, igual que yo. Y se frotará la barriga, disimulando lo desagradable que le resulta, y dirá:

–¡Chico! Esto está bárbaro. Dame más.

Y mi madre dirá con suavidad:

–Más no, hijo mío.

Y mi padre gritará:

–¡Eh! ¿Quién coño te crees que eres?

Mi hermana, que ha hablado muy poco, se arreglará para mí. Se sentará al lado de mi madre, y yo la miraré de reojo, y veré que se está volviendo más guapa a cada momento. Me volveré a sorprender por el encanto de sus inmensos ojos castaños, que son como los de una ardilla gigante, y ella sabrá que la estoy mirando subrepticamente, y cantará para sí de felicidad, y yo veré que su belleza es la que atrajo a mi padre en mi madre cuando llegó a América hace veinte años, un joven italiano presumido, presumido como lo soy yo. Mi madre estará al lado de mi hermana en la mesa, y yo observaré el rostro de las dos, y juraré que mi hermana no vivirá la tortura que ha vivido mi madre, y veré a mi hermana levantar la barbilla desdeñosamente al oír los comentarios de mi hermano menor, y él gritará:

–Vaya, no eres tan elegante. No hace falta que presumas sólo porque Jimmy esté en casa.

Mi hermana se pondrá roja como un tomate y me mirará de súbito, y yo me sentiré complacido con sus ojos de ardilla, y ella mirará fríaamente a mi hermano y dirá:

–¿Y tú qué? ¿Y tú qué? Que finges que te gusta el vino sólo porque él está en casa.

Y mi hermano pequeño dirá:

–Ah, cállate.

Y mi padre dirá:

–¡Eh! ¿Cuántas veces os tengo que decir que no habléis así?

Y mi hermano dirá:

–Bueno, ha empezado ella.

Y mi madre dirá dulcemente:

–Portémonos bien hoy. No nos peleemos.

Mi plato estará vacío por entonces, la salsa de tomate y las migas de queso, rebañados hábilmente con un trozo de pan. Mi madre verá la brillante blancura del plato, me mirará las chupadas mejillas y dirá:

–Estás espantosamente delgado, Jimmy. Será mejor que comas más.

Y yo tendré que enfrentarme a otro plato de enredados espaguetis con queso, pues mi madre se sentirá herida por dentro si no como hasta reventar. También habrá un plato de anchoas en salmuera para picar, y habrá salami, al que le habrá quitado la envoltura, y habrá más y más vino, y habrá tomates preparados especialmente para mí, ahogados en amarillento aceite de oliva, sazonados con el vigoroso sabor del ajo, y en el plato de mi padre habrá una platillo lleno de ajos, fritos y crujientes.

Se los comerá haciendo mucho ruido y, como siempre, mi hermana dirá, despertando nuestras carcajadas:

–¡Toma ajo!

Mi padre hará una mueca y dirá lo mismo de siempre:

–Vosotros no sabéis lo que es bueno... ¡Probadlo!

Y mi hermana fruncirá los labios y se apartará de la mesa y cerrará sus grandes ojos de ardilla y hará «Grrrrrr». Y, como es de esperar, todos oiremos contar a mi padre la historia de su infancia, cuando sólo tenían para comer ajos durante una semana, y mucho antes de que la termine, nosotros nos habremos adelantado para decir en voz alta las palabras a las que poco a poco acabará por llegar, y él amenazará con matarnos, y mi madre tratará de ser equitativa e imparcial, pero no será capaz de resistir esas plumas que nos cosquillean a todos menos a mi padre, y pronto la mesa temblará con nuestras carcajadas, y mi padre lanzará gruñidos como un animal salvaje.